

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R. 457 (Sem.27/3)
10 de Septiembre de 1985
ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Seminario sobre Planificación de las Políticas de Juventud en los países del Area Andina, organizado por el Centro de Desarrollo Social y Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (CSDHA), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) con el auspicio del Gobierno de la República de Colombia

Bogotá, 23 al 25 de septiembre de 1985



NOTAS ACERCA DE LA JUVENTUD COMO MOVIMIENTO SOCIAL EN
AMERICA LATINA

"Las sociedades dependientes son sociedades de la palabra, aquellas donde el intelectual tiene el más grande de los papeles. Hablan a veces a nombre de las masas campesinas u obreras situadas fuera de la vida política, pero, lo que es mucho más característico de estas sociedades, es que los intelectuales y más precisamente el medio universitario actúa para y por sí mismo, como un actor de masa persiguiendo su propia política. El movimiento de reforma universitaria de Córdoba en Argentina y sus efectos en Perú, en Chile y muchos otros países de América Latina, han instaurado por medio siglo el rol de los intelectuales. En el instante mismo en que escribo, después del aplastamiento de los intelectuales revolucionarios brasileños en 1968-1970, de los tupamaros uruguayos a partir de 1970, de los chilenos en 1973, asistimos a la última batalla llevada a cabo por estas intelectuales radicalizados, aquella de los montoneros argentinos. En el país mismo donde tuvo lugar su primera gran victoria se acaba el ciclo de esta 'intelligentsia' populista".

Alain Touraine, Les sociétés dépendentes, Ed. J. Duculot, Paris, 1976.

La constatación de Touraine pone de relieve un conjunto de particularidades que a menudo se han hecho notar en relación a la significación que alcanza el movimiento juvenil - específicamente

estudiantil y universitario en América Latina. Se señala su carácter de actor político, cuya relevancia es reconocida por la sociedad, su capacidad para hablar en nombre de otros, postulándose de algún modo como un grupo o sector supra-clases. Además se constata que el período histórico en el cual adquiere relevancia tiene como fecha de inicio aproximadamente 1920, lo que coincide en una serie de países con la denominada crisis de la oligarquía y como fecha de término la primera mitad de la década del sesenta y que se postula como fin del ciclo populista, durante el cual tal sector habría cumplido una función quizá semejante a la de la 'intelligentsia' rusa del siglo XIX, recurriéndose incluso al mismo término para denotarla.

La comparación con la 'intelligentsia populista' rusa resulta extraordinariamente atractiva, en parte porque los mismos jóvenes latinoamericanos en los inicios de su actuación reconocieron su influencia - en gran medida a través de la literatura - y también por ciertas similitudes en cuanto a algunos de los rasgos estructurales de la sociedad en que actúan, especialmente en lo que se refiere al carácter y papel de las distintas clases sociales. Si bien sería de interés detenerse en el análisis de las condiciones sociales de su existencia como también profundizar en el por qué de su declinación, en estas notas se ha preferido resaltar los contenidos de sus construcciones ideológicas o lo que podría denominarse la formulación de sus proyectos sociales, pues es esto en gran parte lo que los constituye como movimiento social. Para tal finalidad se ha elegido algunos momentos históricos de particular relevancia en la constitución

de los proyectos sociales de los cuales la 'juventud' se sentía portadora.

Tiende a señalarse a la 'Reforma de Córdoba' en 1918 como la fecha clave en el surgimiento de una ideología juvenil. Es de interés anotar que si la tónica está dada por el movimiento estudiantil, también tienen lugar entre 1910-1930 otras movilizaciones, concretamente militares, que reivindican el carácter y condición de juventud. Pueden citarse en ese sentido la 'Revolución de los tenientes' en Brasil en 1924 y aproximadamente en la misma fecha el denominado 'movimiento de la juventud militar' en Chile.

La nota principal de ambos movimientos es la del conflicto con la oligarquía, hecho que es importante puesto que la trayectoria del populismo latinoamericano está marcada por el enfrentamiento a la oligarquía y el intento de constituir un ordenamiento político social que reemplazara la dominación oligárquica. Este movimiento antioligárquico no es privativo de la juventud, una serie de movimientos políticos que tienen lugar en las proximidades de la década del veinte se caracterizan por tal orientación, son los que a menudo se identifican con la llamada irrupción de los actores medios: el primer Alessandrismo en Chile, el Irigoyenismo en Argentina, el Batllismo en Uruguay, los distintos momentos de la Revolución mexicana hasta sus formas consolidadas con Obregón en 1920 y así muchos otros casos en los distintos países latinoamericanos.

El movimiento juvenil participa de estos hechos pero no quiere asumirse a sí mismo como simple expresión de las demandas de los sectores medios, prefieren concebirse - al igual que sus congéneres rusos - como

una 'intelligentsia', esto es, 'los que piensan por sí mismos' y no representan a ningún interés social concreto. Dicho sea de paso, esta autopercepción como grupo por encima de los intereses de algun sector en particular es un rasgo que también el movimiento militar juvenil comparte.

En la relación ambigua, e incluso en algunos casos distanciada, de los jóvenes respecto a las demandas de políticas de los sectores medios frente a las oligarquías pueden encontrarse quizás algunos elementos que explican el corte a veces evidente entre el populismo y una concepción más liberal de la política.

Los jóvenes, en alguna medida se sienten atraídos por una reivindicación liberal - entendida esta última palabra en sentido amplio - pero consideran que frecuentemente es sólo una reivindicación política institucional carente de otros contenidos y por tanto se distancian del puro liberalismo. No hay que olvidar además la significación que adquirirá la tragedia de la primera guerra mundial, la que será vista como el hundimiento de los valores del liberalismo europeo.

Por otra parte, el movimiento de los jóvenes estudiantes se encuentra no tan solo con la crisis de la dominación oligárquica sino que además se encuentra con un movimiento obrero que en muchos de los caoss tiene una fuerte influencia del pensamiento anarquista, a la que tampoco es ajeno el movimiento estudiantil. Se señala este

hecho porque alguna incidencia tiene en el que se prefiera enfrentar a la oligarquía - más que como oposición entre clase media y oligarquía - como un conflicto entre oligarquía y pueblo, tema que será característico de la visión política del populismo.

Hay tres ejes centrales y vinculados entre sí que caracterizan el movimiento juvenil de la época y que tendrán fuerte influencia en la conformación de su ideología y amplia incidencia inmediata y posterior. Estos son la noción de latinoamérica y lati-osamericanismo y los conceptos de pueblo y nación.

De algún modo el 'latinoamericanismo' de la juventud está vinculado al enfrentamiento con la oligarquía. Esta haría gala de un cierto cosmopolitismo en el sentido de identificación con lo europeo, el modelo de civilización era Europa, pero como se anotó, este empezó a ponerse en entredicho a partir de la primera guerra mundial. Surge por consiguiente una ideología que frente a esa civilización en crisis, señala un nuevo papel para América. Es así que los estudiantes de Córdoba, al dirigirse a los estudiantes de Argentina y de América, señalan: "... el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América, porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordancia con una amplia democracia, sin dogmas ni prejuicios".

Es de interés apuntar dos hechos significativos, el primero es que la 'conciencia americana' se formó en el exilio y el segundo es que la toma de conciencia tiene lugar a través de la literatura. El argentino Manuel Ugarte establecía lo siguiente: "Descubrimos dos verdades: primero que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura; segundo, que individualmente pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica. Amado Nervo era mexicano, Rubén Darío nicaraguense, Chocano había nacido en Perú, Vargas Vila en Colombia, Gomez Carvallo en Guatemala, nosotros en la Argentina, pero una filiación, un parecido, un propósito, nos identificaban. Más que el idioma influía la situación y más que la situación la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que conscientemente designábamos con el nombre de la patria grande".

Esta ideología latinoamericanista tendrá, a partir de ese momento, varios desarrollos, por una parte una búsqueda de la 'autenticidad e identidad' de lo latinoamericano y por otra un fenómeno en esos momentos en ciernes y más tarde decisivo en la ideología de las juventudes, el anti-imperialismo.

Respecto a los temas del carácter de la nación y del pueblo estos se constituyen en oposición a los valores implícitos de la idea de nación oligárquica. El pueblo se presenta como un modelo a partir del cual se forman los nuevos valores de la nación, se constituye casi como la forma histórica de una nacionalidad ideal y muy a menudo es en la

literatura donde con mayor claridad esta intención aparece. Desde esa perspectiva el pueblo posee una serie de condiciones de eticidad -solidaridad, honestidad - que permiten refundar la nación frente a la corrupción oligárquica. El pueblo aparece como portador de dos objetivos que son fundamentales en la conformación de la nueva nación, la idea de justicia y la idea de socialismo. Incluso se concibe que sus formas tradicionales de organización son protoformas del socialismo. De ahí toda la idealización ligada al indigenismo latinoamericano.

La unidad política de la nación, cuya debilidad la crisis oligárquica ponía de manifiesto, era necesario alcanzarla a través de un activo consenso popular, lo que llevaba, por paradoja, a sobredimensionar el valor puramente ideológico de la noción de pueblo. El concepto de pueblo adquiere, en esa perspectiva, casi un puro significado político, se identifica y se agota en el concepto de nación y sólo vale referido a ella. Se encuentra aquí también un elemento de explicación de la sobrevaloración que adquirirá más tarde la noción de Estado, puesto que si el pueblo es el soporte de la nación y está constituido por grupos diversos y con distintos intereses, el Estado es quien constituye en la práctica la unidad nacional

La década del treinta se abre con la crisis de 1929. Como muchos han señalado además de sus efectos económicos, significó en

el plano de la ideología que el liberalismo fue aun más negativamente afectado que antes. El descontento con el se presentó de manera paradójal, la desconfianza frente al mismo es tanto de los conservadores como de los innovadores. La década del treinta es de fuerte politización, lo que en cierta medida determina que la autonomía de lo juvenil sea menos importante que la opción política global. El problema de la juventud se subsumía en las opciones políticas y a este período corresponde el surgimiento de las 'juventudes partidarias', e incluso en algunos casos los movimientos juveniles se transforman en partidos.

Pero también a partir de 1930 y con mucho mayor intensidad desde la segunda guerra mundial tiene lugar en la mayor parte de los países latinoamericanos transformaciones estructurales que ligadas a los procesos de urbanización e industrialización cambian la composición de las clases y grupos sociales y el peso y significación de las mismas. En cierta medida los estudiantes, sin dejar de concebirse como la 'intelligentsia revolucionaria' movilizadora del pueblo, tienden a percibirse también en el papel de promotores del proceso de transformación y desarrollo, de algún modo son los portadores de la nueva ciencia y de la nueva técnica. Si ciertamente hay una ideología del desarrollo que algunos sectores sociales y políticos sostienen, quienes a menudo la formularon, elaboraron y promulgaron fueron los intelectuales universitarios.

La propuesta de modernización, que encontraba amplia acogida, tuvo por consecuencia que el conjunto de la sociedad concibiera un nuevo papel de la universidad, esta ya no era vista simplemente como un foco revolucionario. Empezaba a formarse conciencia de que un Estado moderno requiere de una educación superior, que es necesario crear nuevos intelectuales, científicos y profesionales. El sector social que les proveería serían los grupos medios, los que adquirirían un privilegio especial. El Estado, la economía y la sociedad necesitaban a estos nuevos intelectuales y profesionales y los necesitarían aun más en el futuro; las generaciones viejas o eran insuficientes o se adaptaban mal a los requerimientos de la modernización, los jóvenes sentirán que tienen cabida y además un futuro abierto y prometedor.

En cierta medida se abre el período de la 'profesionalización' de los universitarios, aunque claro está que en nuestro tipo de sociedades los profesionales no pierden ciertos rasgos intelectuales más amplios. En gran medida fueron ellos los que difundieron los nuevos valores de la modernización y el desarrollo, los formularon en términos de una ideología más o menos efectiva y lograron crear una auto-imagen colectiva, uno de cuyos rasgos movilizados fue el de la existencia de un futuro promisorio cuya base era la riqueza potencial que cada uno de nuestros países encerraba.

Estos énfasis en el futuro y en el carácter creador de la ciencia y de la técnica implicó que los intelectuales del desarrollo y con ellos varios jóvenes universitarios empezaron a descubrir que ni los valores de la cultura tradicional, ni los valores populares podían constituir una base firme de las futuras opciones. Esto marcó una diferencia con los 'populistas' del 20 y del 30, que pensaban encontrar en el pueblo el modelo de la nación. Fue innegable una cierta orientación hacia el 'exterior', que aunque no significó una pérdida del latinoamericanismo implicó un cambio de tono, al que no estaba ajeno la caracterización de la región en términos de sub-desarrollo.

Aunque nunca el profesionalismo fue total, algunos rasgos peyorativos se empiezan a señalar, el enciclopedismo, el diletantismo y la retórica, la opción del especialista empieza a aparecer. El gran tema es el progreso, ciencia y tecnología son los medios por los que este se alcanza, pero, y conviene subrayarlo, también se piensa que la democracia establece el marco político necesario para la consecución de tal fin, los valores de progreso y democracia aparecen interrelacionados y se soportan mutuamente.

La ideología del desarrollo se difunde en la juventud universitaria y trasciende más allá. El desarrollo aparece como una necesidad política urgente que ningún gobierno puede ignorar. Pero

también tal ideología se constituye en un punto de apoyo desde el cual se puede llevar a cabo la crítica social, muy particularmente en contra de la sociedad tradicional y sus representantes, a los que se acusa de actuar como freno del ansiado desarrollo.

Si la idea de la alianza revolucionaria de 'intelectuales, artistas, estudiantes y obreros' ya no aparece con tanta fuerza, el desarrollismo intenta constituirse en conciencia nacional capaz de inspirar tanto a la elite como a las masas. El uso de tales términos es ya de por sí significativo.

En la década de los sesenta el proceso de modernización en muchos lugares ya no era solo una aspiración sino que un proceso real y en marcha, los conflictos que desde ese momento surgen en gran medida están vinculados a las contradicciones que la propia modernización implica. La forma clásica en que los conflictos se habían planteado partían de la contradicción entre tradicional y moderno, pero ahora es la dirección de la modernización lo que se discute y los caminos para lograrla. En suma, había acuerdo sobre la necesidad de modernizar, sobre la necesidad de eliminar los obstáculos de las estructuras tradicionales, pero también una gran polémica en torno a las formas de la modernización. Uno de los temas más expresivos de los consensos, disidencias y confusiones, fue el de la reforma agraria.

La opción por las vías de desarrollo, claro está, no solo fue discusión ideológica, la revolución cubana constituía una experiencia concreta, pero también estaban las alternativas que postulaban la Alianza para el Progreso u otras opciones. Estas opciones impactaron a la juventud, lo que no es de extrañar puesto que después de todo eran opciones de futuro las que se estaban discutiendo.

Pero si ciertamente se rechazaba la estructura tradicional y se discrepaba respecto al futuro, conviene no olvidar que era el presente el que causaba los problemas. En el mundo estudiantil las dificultades eran evidentes, para algunos aún la educación secundaria y superior seguía siendo un canal de ascenso y movilidad pero para otros ya no lo era tanto. Algunos tenían expectativas en una modernización que podía requerirles como técnicos y profesionales, otros se daban cuenta de que las posibilidades ocupacionales empezaban a estar cerradas.

La forma en que el problema se planteó en el ámbito universitario fue la polémica entre 'modernización o reforma'. Los objetivos de la modernización eran principalmente adecuar la universidad a las finalidades del desarrollo, en especial en lo que se refiere a la asimilación y creación tecnológica y científica, también se propiciaban

cambios en las estructuras de la universidad: departamentalización, tiempo de dedicación, relación entre docencia e investigación, que hicieran posible una estructura más dinámica, las palabras de orden eran eficiencia y racionalización.

Los postulados de la reforma no evadían los temas de la modernización, pero el mayor énfasis estaba puesto en la democratización de la misma, en la búsqueda de una comunidad universitaria y principalmente en los temas de la función social de la universidad. Es interesante que constantemente aparecieran las palabras solidaridad y justicia, pero estas ya no se esgrimían solo en relación a los desfavorecidos y en contra de la sociedad tradicional, sino que se expresaban también como un rechazo a la orientación competitiva, individualista y profesionalizante de la universidad moderna y la demanda de justicia era también denuncia contra la forma que adquiriría el estilo de desarrollo.

En ese contexto el movimiento estudiantil se sentiría fuertemente conmovido por las transformaciones políticas globales que en la América Latina de esos años tenían lugar. La tendencia a llevar los planteamientos al extremo repercutió en la polémica sobre modernización y reforma. Para algunos la Universidad 'burguesa y reaccionaria' no podía correr mejor suerte que el ser destruida, para otros, la Universidad, 'punta de lanza del caos y el comunismo' debía ser intervenida y fuertemente purgada.

Las proyecciones de este conflicto en el plano de la sociedad, son conocidas y sus resultados a menudo trágicos varias veces han sido puestos de relieve pero conviene retomar el párrafo de A. Touraine que ha servido de punto de partida a estas notas, en su planteo la década del '70 marcaba las últimas batallas llevadas a cabo por los intelectuales radicalizados, si esto es cierto ¿qué es lo que ahora se entrevé?

Uno de los elementos de mayor preocupación actual es dilucidar el papel que pueden jugar los jóvenes en la consolidación o salvaguardia de un orden democrático estable en la región y en la actual situación de crisis, la preocupación es mayor porque obviamente la conducta juvenil está influida por la coyuntura, los efectos que pueden tener fenómenos como la marginalización del mundo del trabajo o la desocupación intelectual son de innegable importancia para el tipo de conducta juvenil. Por lo demás cabe preguntarse en qué medida las posibles conductas que elaboren las expresaran en cuanto movimiento juvenil.

Como se ha visto, el grupo que apareció como expresivo de la juventud fue por lo general el movimiento estudiantil. En la actualidad es difícil pensar de que se borren o desaparezcan las diferencias de clases o estratos sociales, pero sí es posible pensar en la constitución de una identidad juvenil a partir de problemas específicos. Se trata de una identidad en relación al estrato que se pertenece y en relación a las instituciones sociales existentes. Ciertamente se es joven campesino, joven obrero o joven estudiante, pero importa determinar cómo, en cuanto joven, se establece la relación con la condición campesina, obrera o estudiantil.

En América Latina se han producido cambios, no sólo al interior de cada grupo social sino que además éstos han tenido lugar respecto a las relaciones

entre los distintos grupos y estratos sociales. La crisis del modelo industrializador se manifiesta también como crisis de la relación entre los distintos grupos sociales que lo componían. Tiene lugar por consiguiente un proceso de desestructuración social que implica ruptura con las viejas identidades, lo que incluso se manifiesta en el plano político y cultural.

Además de las transformaciones aludidas es de importancia tener en cuenta las modificaciones en la relación que los jóvenes establecen con las instituciones sociales básicas, como la escuela, la familia y el trabajo.

A este respecto pueden subrayarse dos hechos que afectan a los jóvenes de los distintos estratos sociales, por una parte la existencia de un cierto tipo de exclusión y por otro el que los jóvenes plantean nuevas demandas que esas instituciones, tal como hoy existen, no están por lo común, en condiciones de satisfacer. La incorporación a la escuela por ejemplo -o incluso a la universidad- no significa necesariamente inclusión en el ámbito de la cultura, o del quehacer profesional. Incluso en ciertos ámbitos de la institución educacional se manifiestan los signos de una condición de deprivación material y espiritual que afecta la condición juvenil. En relación a la familia, en las condiciones de la crisis es a menudo casi ámbito obligado de permanencia, pero ésta se transforma en conflictiva porque afecta las necesidades de independencia de los jóvenes. Respecto al trabajo, obviamente la crisis acentúa la exclusión, a menudo la inclusión es sólo parcial o intermitente.

Siendo las tres instituciones -trabajo, educación y familia- los ámbitos privilegiados de la socialización no es arbitrario pensar que la deficiente inserción tenga como resultado previsible -de forma específica en cada estrato- una crisis de identidad y una cierta orientación anti-institucional. La

pregunta es si no empieza a constituirse algo que podría denominarse "conciencia de exclusión", en donde el conflicto se establece con el conjunto de los elementos político-institucionales que definen la exclusión. El distanciamiento respecto a las instituciones puede llevar a la elaboración de un tipo de comportamiento cuyos rasgos sean la pasividad o el retraimiento o por el contrario a una demanda que intenta obtenerlo "todo y al momento". Como se puede colegir, la incidencia de tal tipo de actitudes en relación a la estabilidad y permanencia de una opción democrática es obvia.

Se advierte que una situación de crisis como la actual implica para los jóvenes una cierta crisis de identidad, pero además una fuerte incertidumbre respecto al futuro y por esto es posible que los jóvenes intenten constituir una especie de sub-cultura adolescente casi como una identidad definitiva, siendo por definición la condición juvenil algo transitorio y más aún, inicial.

Claro está que los problemas a que se alude afectan particularmente a los jóvenes, pero ciertamente son también problemas de toda la sociedad. La crisis por la que la mayoría de los países latinoamericanos atraviesan implica opciones y conflictos. Estos se manifiestan como conflictos de intereses concretos de los distintos grupos y sectores sociales, pero en los jóvenes tienden a constituirse sobre todo como oposiciones y conflictos de sentido. Como se ha visto, de modo genérico el conflicto clásico en América Latina fue la oposición entre progresismo y tradicionalismo, cualesquiera haya sido la variante con que se planteó, pero ¿es posible postular hoy en día que éste sigue siendo el eje de la diferenciación? Muchos dudan de esto y tienden a constituirlo en términos de exclusión - inclusión. Las orientaciones que se constituyen tenderían a diferenciarse según se pertenezca a uno u otro sector,

Entre los incluidos a menudo se perciben orientaciones hacia la movilidad individual o hacia un conformismo pasivo, entre los excluidos formas de anomía, de conductas desviadas o, a veces, una fuerte tendencia a subrayar rasgos de solidaridad comunitaria, aunque frecuentemente hay en muchos de ellos orientaciones anti-institucionales o por lo menos de distanciamiento respecto a ellas. En un contexto económico difícil, es explicable que los jóvenes rechacen un sistema político-institucional que pueda aparecerles como puramente formal, pero no obstante también existe la posibilidad de la participación renovadora de los jóvenes en las instituciones. Es imposible predecir qué orientación predominará puesto que son muchos los elementos que pueden influir en que se imponga la apatía o el rechazo o por el contrario, la participación; sólo pueden adelantarse algunos elementos que influyen en una u otra opción.

En América Latina, los jóvenes obreros y los de los estratos populares en general, han tendido a comportarse más en términos de tales que como jóvenes, no obstante, la participación de los jóvenes en el movimiento sindical, por ejemplo, puede significar elementos de renovación, hay diferencias entre viejos y jóvenes obreros, las distancias educacionales son a menudo grandes y además sus experiencias sociales son distintas.

Innegablemente los estudiantes -especialmente los universitarios- han jugado tradicionalmente un papel importante y en ellos es mayor la tendencia a definirse como jóvenes. Sin embargo el papel de los estudiantes estuvo muy referido al valor simbólico que en nuestros países se otorgó a la universidad, que se constituía en uno de los puntos obligados de referencia de la vida nacional, sin embargo esta situación ha empezado a modificarse. El mayor acceso a la misma ha significado que la condición de élite de prestigio sea menor. En

la experiencia latinoamericana la universidad cumplía el papel de "pensar la sociedad", hoy día existen otras instancias que también cumplen esa función, la universidad, en cierta medida, ha dejado de ser el ámbito privilegiado del debate, lo que afecta el papel del movimiento estudiantil. Probablemente, se estaría asistiendo a un doble movimiento, una mayor identidad juvenil en ámbitos en que tradicionalmente ésta era débil y una incidencia menor, aunque claro está que conserva importancia, de lo que era el movimiento juvenil por excelencia.

Muchas otras transformaciones podrían apuntarse, pero conviene retomar el eje de las preocupaciones actuales. Siendo los jóvenes en cierta medida actores sociales, el interrogante es como pueden definir con novedad el problema de la democracia, aún en condiciones de una coyuntura poco favorable.

Un sistema democrático, además de lo que implica como forma institucional, es el reconocimiento del juego entre opciones posibles y diversas y es aquí donde el papel de la juventud es clave, puesto que podría decirse que es a ella a quien corresponde la elaboración de lo distinto, de lo diferente a lo ahora existente. El tema de la democratización -desde la perspectiva de la juventud- no es tan sólo el de ampliar la posibilidad de inserción en lo existente, sino también como abrir camino a nuevas opciones y modos de constituir la relación social y evitando una especie de mesianismo juvenil, su propuesta tiene que ser capaz de formularse como propuesta social.

